

Diócesis de Ciudad Rodrigo

Juntos en la esperanza

Carta Pastoral
Mons. José Luis Retana Gozalo
Obispo de Ciudad Rodrigo

'Juntos en la esperanza'



Curso Pastoral 2023-2024



Diócesis de
Ciudad Rodrigo

'Juntos en la esperanza'



Curso Pastoral 2023-2024

Diócesis de Ciudad Rodrigo

Imprime: LLETRA, S.L.
Ciudad Rodrigo
lletra@lletra.es

SEPARATA DEL BOLETÍN OFICIAL DE LA DIÓCESIS DE CIUDAD RODRIGO

Impreso en España
Depósito Legal: S - 857 - 1990

Diócesis de Ciudad Rodrigo

Juntos en la esperanza

Carta Pastoral
Mons. José Luis Retana Gozalo
Obispo de Ciudad Rodrigo

'Juntos en la esperanza'



Curso Pastoral 2023-2024
Diócesis de Ciudad Rodrigo

Curso Pastoral 2022-2023

ÍNDICE

Carta Pastoral para el Curso 2023-2024

Carta Pastoral: <i>Peregrinos con esperanza</i>	7
Objetivo diocesano	35
Calendario Pastoral	37

Carta Pastoral

PEREGRINOS CON ESPERANZA

Queridos diocesanos:

Iniciamos un nuevo curso, en el nombre del Señor Jesús y confiados en su persona, en su palabra y en su fidelidad.

Dejamos atrás el curso pasado con la renovación de los Consejos de Pastoral y Presbiteral diocesanos, el último retiro en los arcipresbiterios, durante el mes de junio, con una notable participación de las parroquias.

El final del mes de julio y la primera semana de agosto un grupo numeroso de nuestros jóvenes participaron en la Jornada Mundial de la Juventud, junto al Papa, que nos dijo que Jesús nos quería apasionadamente como somos, no como nos gustaría ser, sin maquillaje; que en la Iglesia cabemos todos y que no tengamos miedo.

Sin miedo nos ponemos ante la tarea de un nuevo curso pastoral. Ante nosotros tenemos también el “*Instrumentum Laboris*” que se ha redactado como instrumento de trabajo para la Asamblea sinodal, tras la recogida de las aportaciones de los distintos continentes, para ser estudiados en la XVI Asamblea del Sínodo de los Obispos sobre la SINODALIDAD.

En dicho *Instrumentum Laboris* se indica expresamente que todos los que hemos trabajado en el Sínodo en las diócesis (nº 6) hemos experimentado que el encuentro sincero y cordial entre hermanos y hermanas en la fe ha sido una fuente de alegría: ¡encontrarnos es encontrar al Señor que está en medio de nosotros!

La primera fase del Sínodo (nº 7) ha renovado nuestra conciencia de que llegar a ser una Iglesia cada vez más sinodal manifiesta nuestra identidad y vocación: caminar juntos, es decir, hacer sínodo, es el modo para llegar a ser verdaderamente discípulos y amigos de aquel

Maestro y Señor que dijo de sí mismo «Yo soy el camino» (Jn 14, 6). Esto constituye también hoy un deseo profundo: habiéndolo experimentado como un don, queremos seguir haciéndolo, conscientes de que este camino no culminará hasta el último día.

Deseamos y pedimos (nº 8) que la Asamblea sea un momento de efusión del Espíritu, pero, más aún, que la gracia nos acompañe cuando llegue el momento de actualizar sus frutos en la vida cotidiana de las comunidades cristianas del mundo entero.

Del trabajo de la primera fase ha surgido la conciencia (nº 11) de la necesidad de tomar la Iglesia local como punto de referencia privilegiado, como lugar teológico donde los bautizados experimentamos concretamente el caminar juntos. Esto, sin embargo, no conduce a un repliegue: ninguna Iglesia local puede vivir al margen de las relaciones que la unen a todas las demás, incluida la Iglesia de Roma, a la que se confía el servicio de la unidad a través del ministerio de su Pastor, que ha convocado a toda la Iglesia en Sínodo.

En esa conciencia caminará el trabajo de este nuevo curso 2023-2024 de nuestra diócesis de Ciudad Rodrigo, trabajo en el que estará comprometida toda la Iglesia. La diócesis de Ciudad Rodrigo desea caminar con realismo. Obispo, religiosas, sacerdotes y laicos, unidos, caminarán siguiendo al Señor, con valentía y esperanza.

Este tema de la esperanza me preocupa mucho y especialmente por la situación eclesial que estamos viviendo y que tan sabiamente vaticinó nuestro querido Benedicto XVI, ya hace 55 años. Decía así:

“También en esta ocasión, de la crisis de hoy surgirá mañana una Iglesia que habrá perdido mucho. Se hará pequeña, tendrá que empezar todo desde el principio. Ya no podrá llenar muchos de los edificios construidos en una coyuntura más favorable. Perderá adeptos, y con ellos muchos de sus privilegios en la sociedad (...).

Será una iglesia interiorizada, que no suspira por su mandato político y no flirtea con la izquierda ni con la derecha. (...) La hará pobre, la convertirá en una iglesia de los pequeños. (...) Pero tras la

prueba de estas divisiones surgirá, de una Iglesia interiorizada y simplificada, una gran fuerza, porque los seres humanos serán indeciblemente solitarios en un mundo plenamente planificado. Experimentarán, cuando Dios haya desaparecido totalmente para ellos, su absoluta y horrible pobreza. Y solo entonces descubrirán la pequeña comunidad de los creyentes como algo totalmente nuevo. Como una esperanza importante para ellos, como una respuesta que siempre han buscado a tientas”.

Estas palabras fueron dichas por el teólogo Joseph Ratzinger en 1968 ante la pregunta de cómo pensaba él que iba a ser la Iglesia en el año 2000. Podíamos decir que este vaticinio de Joseph Ratzinger se cumple actualmente en nuestra Diócesis de Ciudad Rodrigo y en la mayoría de las diócesis españolas. Pero no quisiera que esta situación de una población escasa y envejecida de nuestras comunidades parroquiales, de escasez de sacerdotes y de edad avanzada, con sensación de cansancio y desaliento por no vislumbrar relevo a su tarea, se convirtiera en un pesimismo existencial. De ahí el título de mi carta pastoral: **PEREGRINOS CON ESPERANZA**.

* * * *

En su integridad el cristianismo es esperanza, mirada y orientación hacia adelante, y es también, por ello mismo, apertura y transformación del presente (1). El hombre es un ser abierto al futuro. Por eso la llamada a la esperanza pertenece ante todo a la estructura fundamental del hombre en cuanto es un espíritu encarnado.

La esperanza se nos presenta, así como la opción fundamental con la que el hombre interpreta el sentimiento último de la existencia. Emerge como necesidad fundamental del hombre tanto en el horizonte de su conciencia personal como en el de su relación con el mundo, con los demás y con la historia. Porque sobre el futuro, la esperanza

prevalece sobre todas las demás manifestaciones vitales del hombre. Influye en su modo de pensar, de conocer y de vivir.

El que espera en Cristo no se identifica jamás con ninguna situación adquirida o adquirible. En las ciudades de esta tierra, el creyente es siempre y en todas partes un extranjero, porque el futuro hacia el que tiende es un futuro transcendental que procede únicamente del poder de Dios.

La esperanza en el reino que ha de venir, entendido como poder de Dios, hunde sus raíces en las experiencias vividas por Israel a lo largo de la trayectoria histórica. El señorío de Dios va revelándose poco a poco hasta su definitiva consumación en Cristo muerto y resucitado.

A diferencia de los demás pueblos, Israel vio su existencia como una historia abierta al futuro. En su origen hay un acontecimiento histórico: el éxodo de la esclavitud de Egipto. En este acontecimiento el pueblo hebrero experimentó al Dios de la promesa y la esperanza y al mismo tiempo, se descubrió a sí mismo como un pueblo en camino.

Para Israel, el fundamento de la promesa es la fidelidad de Dios. Conocer a Dios significa reconocerlo en la fidelidad histórica a sus promesas. Pero además, la promesa estimula la libertad del hombre, porque exige su colaboración.

La promesa de Dios se ha hecho realidad en Cristo. *“Y nosotros os anunciamos la buena nueva: la promesa hecha a nuestros padres, Dios la cumplió en nosotros, sus hijos, resucitando a Jesús”* (Hch 13, 32-33). La certeza de la esperanza cristiana encuentra su definitivo punto de apoyo y se convierte al mismo tiempo en renuncia a toda seguridad humana y en completo abandono confiado al misterio del amor absoluto de Dios.

La muerte de Cristo es el cumplimiento de su entrega definitiva al Padre; en este acto de éxodo, de salida de sí mismo y de confianza en Dios, el tiempo de Jesucristo llega a su suprema tendencia, a la comunión de vida con Dios. Su resurrección es el comienzo de una vida nueva no solamente para él, sino también para nosotros.

En este sentido la resurrección es el origen de la esperanza cristiana. Con ella apareció un nuevo factor que abre nuestro mundo, encerrado en la muerte y en el pecado, hacia el futuro: un futuro que ya es presente.

La fe recuerda la realidad de la resurrección de Cristo como acontecimiento creador de futuro. La esperanza, a su vez, alimenta la tendencia hacia el futuro basándose en la realidad de lo que ya ha acontecido. Memoria y esperanza son dos actitudes del espíritu humano tendente a realizar la unidad de la propia experiencia.

1. LA ESPERANZA CRISTIANA, COMO FUNDAMENTO DE NUESTRA VIDA CREYENTE

Con no poca tristeza y desde hace tiempo se puede detectar que la falta de esperanza se ve reflejada de diversas formas en la vida de las personas. No es difícil observar hoy signos de desesperanza en la vida de nuestro mundo. No son pocos los foros en los que parece que un velo de pesimismo parece opacar la maravillosa acción de Dios en su Iglesia en la actualidad. No son pocas las tertulias en las que aparentemente no hay futuro, o si lo hay está cargado de desgracia y división. No son pocas las conversaciones en las que falta una gota de esperanza, ante una realidad que, si bien no es sencilla, no deja de ser por ello una oportunidad. En medio de ese pesimismo solo el sople de aire fresco del Espíritu puede hacer que renazca la vida en la Iglesia.

A veces, sin advertirlo ellas mismas, la vida de las personas se va haciendo cada día más insensible y apagada. Poco a poco nos va faltando empuje y entusiasmo. Todo va perdiendo fuerza y color. La persona hace más o menos lo que tiene que hacer, pero la vida no le llena.

Otras veces, vivimos satisfechos, contentos con nuestra actividad, nuestro trabajo y sus logros, pero sin esperar gran cosa de la vida. Encerrados en el vivir cotidiano, «se va tirando», sin más. La falta de esperanza se puede manifestar también bajo forma de cansancio. La vida

se hace pesada y aburrida. La persona se siente agobiada por el peso de la vida. Poco a poco, se desliza hacia la indiferencia y la pereza total.

Otras veces, lo que se percibe es falta de alegría. La persona no encuentra gusto en nada. Cada día se siente más incapaz de saborear lo bello, lo bueno, lo grande que hay en la vida.

En ocasiones, la persona se percibe a sí misma sin proyectos ni metas. No se siente con fuerzas para correr nuevos riesgos, no quiere cambiar, no tiene arranque para enfrentarse a nuevas dificultades. Sencillamente, se deja llevar por la vida. La acedía es la enfermedad más grave que afecta a nuestro mundo burgués, y que resulta completamente opuesta a la magnanimidad y a la humildad; podríamos decir que es la opción por la mediocridad que nos impide lo grande a lo que Dios nos llama a ser.

Todos estos síntomas pueden denotar una grave crisis de esperanza cristiana. Por razones de orden diverso, la esperanza ha dejado de animar esas vidas. No son pocos los que, aun diciéndose cristianos, viven, de alguna manera, «extraños a las alianzas de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo» (Ef 2,12).

2. LA ESPERANZA, UNA VIRTUD TEOLOGAL

No podemos hablar de esperanza si no tenemos claro que ésta forma parte de la tríada de las llamadas virtudes teologales, es decir, la fe, la esperanza y la caridad, las cuales no podemos separar unas de otras. Se trata de aquellos dones que proceden de Dios y a él retornan. En la antropología cristiana afirmamos que es Dios mismo quien inspira en el corazón del hombre estas virtudes con la gracia del Espíritu Santo recibido en el bautismo.

Por eso, no podemos olvidar que la virtud de la esperanza va mucho más allá de una visión optimista sobre la realidad. Para el cristiano, incluso para toda persona, la esperanza no depende del estado de ánimo

ni se deja condicionar por los contextos adversos, tanto exteriores como interiores, los que tocan el alma, el corazón, la oración y la vida misma.

Para el cristiano, la esperanza se convierte en virtud cuando se experimenta a Dios como fundamento de la propia realidad y nos situamos ante ella con la actitud de confianza de quien se sabe sostenido y alentado. Esta convicción nos lleva a afirmar que la esperanza no es nada más ni nada menos que clavar el ánclora de la confianza en el corazón del misterio de Dios y del misterio de los otros. ¡Y qué difícil es vivir sin confiar en Dios, en los otros, en uno mismo!

Ante las dificultades, muchas veces pueden darse el cansancio y la falta de expectativas, el creyente sabe que, por encima de todo, está la fidelidad de Dios. Ella es el fundamento de nuestra esperanza –experiencia y don del Espíritu– que hace posible el abandono creyente en las manos de Dios.

El poeta Charles Péguy inicia su conocido poema «La pequeña esperanza» con esta afirmación: «Yo soy, dice Dios, Maestro de las Tres Virtudes». El poeta nos recuerda, repitiendo el estribillo: «Yo soy, dice Dios, el Señor de las Virtudes» en cada uno de los párrafos, que las virtudes teologales no son ajenas al ser de Dios, sino todo lo contrario. Solo desde este criterio desde donde podemos hablar de la vida cristiana como de un camino esperanzado porque Dios mismo se encuentra en el centro de este camino, más aún, es su origen y su plenitud.

3. CRISTO, NUESTRA ESPERANZA

Es en medio de esta sociedad necesitada de esperanza donde los cristianos hemos de «dar razón de nuestra esperanza» (1Pe 3,15) a nosotros mismos y a los hombres y mujeres con los que compartimos estos azarosos tiempos. Una esperanza que no es una utopía más, tal vez mejor construida y más resistente, ni una reacción desesperada frente a las crisis e incertidumbres del momento, sino que se enraíza en Jesucristo, crucificado por los hombres, pero resucitado por Dios.

Pues es en la Resurrección de Jesucristo donde se fundamenta nuestra verdadera esperanza.

Por eso, el Dios cristiano es para nosotros «el Dios de la esperanza» (Rom 15,13). No solo el creador que, en los orígenes, pone en marcha la vida, sino el resucitador que, al final, realiza «la nueva creación». Dios está al comienzo y al final. Por eso nosotros «*no ponemos nuestra confianza en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos*» (2Cor 1,9). La salvación se ha realizado ya, en esperanza, en Cristo.

Desde esta perspectiva, podemos decir que lo propio de Dios es, sobre todo, el futuro último. Dios está presente en nuestra vida prometiendo, garantizando y abriendo futuro. Más que dentro, que lo está, de nosotros o encima, a Dios lo tenemos delante de nosotros.

Dios no descansará hasta que la vida que nació de su amor insondable de Padre venza definitivamente a la muerte, y aparezca «la nueva creación» en todo su esplendor. No se revelará plenamente como Dios Salvador hasta que el hombre alcance su «humanización plena». Su justicia y su perdón no se manifestarán en plenitud hasta que «Dios sea todo en todos» (cf 1Cor 15,28). Mientras tanto, todo se encuentra en camino: la acción salvadora de Dios, la fuerza transformadora de la resurrección, la construcción de la nueva humanidad. Y Dios está ahí: Eterna presencia del triunfo de Cristo crucificado.

Con la resurrección de Cristo, Dios introduce en la historia humana algo que hemos captado como nuevo. Algo que no se puede deducir de las leyes generales de la historia o del progreso humano. Un futuro nuevo que «revoluciona y transforma las pobres expectativas humanas». No se trata de una posibilidad nueva dentro del mundo y de la historia, algo que el hombre pueda lograr con su esfuerzo, mediante la racionalidad científica y técnica, sino la nueva posibilidad que Dios ofrece al mundo y que el hombre puede acoger como gracia. «La resurrección de Cristo no significa un proceso posible en la historia del mundo sino el proceso escatológico de esa historia».

Las nuevas posibilidades abiertas por la resurrección obligan a mirar y comprender la historia de manera nueva. El espacio para la esperanza cristiana desborda todo lo que puede ser proyectado y preparado por el hombre. Por eso, la esperanza que brota de Cristo resucitado puede mantenerse y crecer «contra toda esperanza» (Rom 4,18), incluso, en momentos de crisis, incertidumbre y pesimismo.

Desde esta esperanza cristiana, cualquier momento de la historia es siempre un tiempo que no contiene todavía toda la justicia, la liberación y la vida que le esperan al hombre. Nunca estamos en «el mejor de los mundos». Todo se puede mejorar y transformar, orientándolo hacia ese futuro prometido en la resurrección. La historia no ha acabado. Siempre es posible el cambio, la transformación, la lucha por una humanización más plena, siempre es posible revertir las situaciones donde reina, la decadencia, la desidia o el desconsuelo.

4. LA ESPERANZA CRISTIANA HOY

Sin duda, la esperanza cristiana es la misma a lo largo de la historia, pero adquiere una configuración propia en cada época en la medida en que es vivida en situaciones nuevas y frente a nuevas tentaciones. Por eso, estimo oportuno reseñar algunos rasgos más significativos hoy.

La esperanza hoy, como siempre, no es virtud de un instante, reacción de un momento. Es una actitud permanente, un estilo de vida. La forma de enfrentarse a la vida, propia del cristiano. Nuestra primera tarea para recuperar la esperanza ha de ser «enraizar» nuestra vida en Cristo resucitado. La esperanza cristiana no tiene otros cimientos, solo brota del Señor. «*Mire cada cual cómo está construyendo. Pues nadie puede poner otro cimiento que el ya puesto: Jesucristo*» (1Cor 3,10-11).

El que vive animado por la esperanza cristiana pone su mirada en el futuro. No se detiene solo en el presente; no vive encadenado al

pasado; mira siempre hacia delante. La esperanza introduce siempre perspectiva de futuro. Desde la fe en Cristo resucitado, la mirada del cristiano busca el futuro de la historia, el futuro de las cosas. Lo que nos espera. Lo que todavía está oculto, pero se anuncia ya en la promesa de Cristo, y se vive, de alguna manera, a través de la esperanza que se ha despertado en nosotros.

La esperanza no se detiene en lo que es constatable por la experiencia, busca lo venidero, lo prometido en Cristo. Esta es la advertencia de san Pablo: *«Esperanza de lo que se ve, ya no es esperanza; ¿quién espera lo que ya ve? En cambio, si esperamos algo que no vemos, necesitamos constancia para aguardar»* (Rom 8, 24-25).

Esta esperanza genera una manera nueva de estar en la vida. El cristiano no toma las cosas tal como hoy son, tal como se encuentran ahí. Lo ve todo en marcha, moviéndose hacia la vida definitiva. Esta vida siempre es algo inacabado.

Nada es aquí definitivo, ni los logros ni los fracasos. Todo es penúltimo. Todo es algo que vamos dejando atrás. Para el cristiano, la vida es «éxodo», peregrinación. Si tuviéramos ante los ojos solo aquello que vemos en el presente, nos contentaríamos con las cosas tal como son, y a veces estaríamos tristes, a veces, alegres. Pero, por encima de esa alegría o esa tristeza, tratamos de mirar las cosas tal como un día deberán ser. Esto es lo propio de la esperanza.

Por eso, el pecado contra la esperanza no necesita manifestarse como desesperación. Basta vivir sin horizonte, sin futuro. El «desesperar», dice J. Moltmann, «puede ser también la simple y silenciosa ausencia de sentido, de perspectiva, de futuro y de objetivos».

No podemos vivir absolutizando el presente; detener la marcha de la vida hacia el «Dios de la esperanza»; volver la espalda al futuro, y vivir volcados en el presente como si esto lo agotara todo, olvidando que «aquí no tenemos ciudad permanente, andamos en busca de la futura» (Heb 13,14).

1. La Esperanza es arriesgada

La esperanza es siempre un riesgo puesto que se apoya en la promesa, en lo que todavía no se puede comprobar. El cristiano asume «el riesgo de un camino cuyo final no se da, sino que se promete». Por eso, no se trata propiamente de esperar, sino de atreverse a esperar, incluso, contra aquello que se tiene ante los ojos (Rom 8,24), cuando la experiencia dice que «no hay nada que esperar» (Rom 4,18). Por eso, el modelo de la esperanza para las comunidades primeras fue Abrahán. Este hombre recibe de Dios una llamada y escucha una promesa: «*Sal de tu tierra y de la casa de tu padre, y ve a la tierra que yo te mostraré*» (Gén 12,1). Y Abrahán creyó a Dios, pero «*salió sin saber adónde iba*» (Heb 11,8).

Este riesgo de la esperanza no es, sin embargo, un «salto en el vacío». La esperanza vive de la confianza en Dios, «*que tiene poder para cumplir lo que promete*» (Rom 4,21). También hoy el creyente se aferra al nombre de ese Dios, oscurecido, despreciado y negado por tantos, pero adorado, venerado y buscado desde la fe. Desde él nos llega también hoy la promesa: «*Mirad, yo os traigo aliento de vida, para que viváis*» (Ez 37,5).

Esta «esperanza arriesgada», que se apoya en la fidelidad de Dios, está sometida a diversas tentaciones. La primera tentación es la duda. Dudar no solo de nuestros propios proyectos o de nuestras fuerzas, sino dudar del proyecto de Dios para la humanidad. La falta de esperanza brota de una duda profunda sobre lo que es posible para Dios. Una duda interior sobre su amor a la humanidad, su perdón, sus designios de salvación. El que desespera, desespera de Dios.

Siempre hemos de contar con serias tentaciones como son el miedo y la cobardía. Nos puede parecer que el hombre moderno es incapaz de escuchar la llamada de Dios y responder a esa fuerza transformadora, introducida por la resurrección de Cristo en la historia. Nos paraliza la cobardía. Nos sentimos incapaces de estar a la altura de nuestra tarea hoy. Se refuerzan las actitudes defensivas. El pasado se

convierte en absoluto que da seguridad. Una esperanza envuelta en una coraza de aparente «seguridad absoluta» frente a los interrogantes, dudas, miedos y desesperanzas de los demás. Todo lo que hay de «seguridad» en la esperanza cristiana proviene de Dios, y a Dios no se le posee nunca con seguridad. A Dios se le busca, se le espera. En Dios, se confía.

2. La Esperanza es crucificada

La esperanza cristiana no es virtud propia de los momentos fáciles. Al contrario, crece, se purifica y consolida en el mal y frente al mal. Por eso se puede decir que la esperanza es crucificada. Son precisamente los momentos de crisis y de prueba los que mejores posibilidades ofrecen para vivir la esperanza con realismo.

Siempre ronda al creyente la tentación de vaciar su vida de cruz e invocar a Dios para que lo libere del sufrimiento propio de esta condición humana. Hemos de recordar a Jesús que, en el momento decisivo, renuncia a llamar a Dios para que lo libre de la cruz. El Dios cristiano no es el Dios todopoderoso que nos arranca fuera de la historia y nos transporta, como por arte de magia, a la vida eterna. Es «el Dios de la esperanza» en el que confiamos desde la crucifixión. El camino real hacia la resurrección es la cruz.

Esta esperanza cristiana es posible cuando el creyente aprende a relativizar el mal, es decir, a no absolutizarlo, a ponerlo en relación con el futuro último, a situarlo en su verdadero lugar, a vivirlo en sus verdaderas dimensiones: No hay sufrimiento, problema, crisis, ni siquiera pecado, que no pueda convertirse en posibilidad de crecimiento y renovación. En la vida siempre hay salida. Así dice el resucitado: «*He abierto ante ti una puerta que nadie puede cerrar*» (Ap 3,8).

Esta esperanza crucificada crea todo un estilo de vida que san Pablo describe así: «*Nos aprietan por todos lados, pero no nos aplastan; estamos apurados, pero no desesperados; acosados, pero no abandonados; nos derriban, pero no nos rematan; llevamos siempre en nuestros*

cuerpos por todas partes el morir de Jesús, para que también la vida de Jesús se transparente en nuestro cuerpo» (2Cor 4,8-10). Desde esta perspectiva, incluso los fracasos pueden ser un acicate para seguir esperando con lucidez. El fracaso lo sufre quien se compromete.

3. La Esperanza es paciente

La esperanza cristiana se traduce muchas veces en paciencia. Es la virtud propia del que camina por la vida animado por la esperanza. Una paciencia a la que hemos de referirnos, en claves de paciencia activa. Esta llamada a la paciencia se ha de orientar hoy sabiendo que ha de ser escuchada por «los impacientes», los que quieren el cumplimiento ya ahora, sin esperar más; los que se angustian ante un mundo tan alejado de Dios; los que no entienden la paciencia del Padre que, respetando la libertad del hombre, deja que la historia se desarrolle incluso contra sus planes; los que juzgan en lugar de anunciar el evangelio; los que apremian en lugar de orar, los que condenan en lugar de ofrecer «el ministerio de la reconciliación» (2Cor 5,18), los que quieren separar ya el trigo de la cizaña en lugar de dejarlos crecer. Pero ha de ser escuchada también por los resignados, los que están cansados por las decepciones, la inutilidad de los esfuerzos, la impermeabilidad del hombre moderno al Evangelio.

4. La Esperanza es lúcida

La esperanza no es ciega, sino lúcida. Proyecta luz sobre la realidad. Ilumina la vida y permite entenderla mejor. La esperanza ayuda a discernir, es decir, a examinar la verdad última de todo, para saber cómo actuar. La esperanza cristiana busca una coherencia última. Se esfuerza por distinguir qué es lo esencial y qué hemos de considerar como añadidura. Analiza la situación, para detectar los signos de los tiempos que nos permiten caminar en la verdadera dirección hacia la vida eterna.

Esta actitud vigilante lleva, como veremos más tarde, a una postura inconformista. «*Estar en el mundo sin ser del mundo*» (Jn 15,19; 17,14). No dejarnos modelar pasivamente por la historia. No actuar como todo el mundo. Mantener despierta la resistencia y la rebeldía. Atrevernos a mantener la libertad y el derecho a ser diferentes. El que vive los acontecimientos desde la esperanza cristiana termina por ser diferente.

Dentro de esta lucidez de la esperanza, entra también el deshacer falsas ilusiones y el discernir en cada tiempo, con realismo, los límites de lo que es posible aquí y ahora, sin resignarnos fácilmente, pero sin fanatismos o impacencias que, en lugar de mantener la esperanza, crean falsas expectativas y llevan fácilmente a la decepción y al derrotismo.

5. La Esperanza es inconformista

Precisamente porque creemos y esperamos en un mundo mejor, a los cristianos se nos hace intolerable este mundo configurado por el egoísmo, los abusos, la corrupción, la injusticia y la mentira. Nunca nos habituaremos a la injusticia, a la fatalidad de la muerte, a la mediocridad inevitable del ser humano. La esperanza hace vivir en contradicción con este mundo. Estar en paz con el Dios de la esperanza es estar en discordia con este mundo.

La esperanza, cuando es verdadera, no aquieta, sino que inquieta, no deja descansar. No aplaca el «corazón inquieto» del hombre, sino que ella misma es el «corazón inquieto» dentro del ser humano. Mantiene a las personas disconformes mientras no se cumplan totalmente las promesas de Dios.

Por ello, tenemos la obligación de afirmar que traicionamos la esperanza siempre que nos servimos de ella para adoptar una especie de resignación pasiva ante el sufrimiento de las gentes y el mal del mundo. La esperanza permanece descontenta hasta ver cumplida la promesa que se encierra en Cristo resucitado.

6. La Esperanza es solidaria

El que vive la esperanza cristiana, nunca espera algo solo para él, sino también para los demás. Esperar la plenitud de Cristo solo para uno mismo sería una perfecta falsificación de la esperanza cristiana. El cristiano espera una «creación nueva», transfigurada, que recapitula todo lo creado y en la que toda la humanidad tomará parte, a no ser aquellos que excluyan radicalmente de su vida esperar contra toda esperanza.

Hemos de superar, por tanto, una idea mezquina y estrecha de la esperanza que lo reduce todo a asegurarme yo mi propia salvación. Pues Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen a conocer la verdad.

Por esto, la esperanza cristiana se vive en la comunidad eclesial. El cristiano comparte la esperanza de la que es depositaria la Iglesia de Cristo.

Todos formamos «un solo cuerpo y un solo Espíritu como una es la esperanza a la que hemos sido llamados» (Ef 4,4). Hemos de purificar, pues, la esperanza cristiana de cualquier individualismo o egoísmo que la degrade.

La esperanza cristiana se vive, precisamente, en solidaridad con los humillados y crucificados, aquellos a los que la sociedad les arrebató toda esperanza.

Con disgusto constatamos cómo, en muchas ocasiones, la historia solo tiene en cuenta a los triunfadores; sin embargo la esperanza cristiana piensa también en los derrotados, los olvidados, los aplastados por el progreso, las víctimas.

La esperanza nos hace solidarios con ellos. Pues ciertamente la esperanza es una resistencia contra el olvido en el que la historia va dejando, poco a poco, a todos. Jesús es «el Señor de vivos y muertos». Todos pueden esperar en él.

7. La Esperanza es creativa

La esperanza es impulso a la acción. El que lleva en su corazón la esperanza, se siente impulsado a hacer lo que espera. El futuro que espera se convierte para él en proyecto de acción y compromiso. La esperanza no lleva a la pasividad, sino a la lucha contra todo lo que se opone al objetivo de esa esperanza.

Es una contradicción creer en la promesa de Dios y no hacer nada por que comience a realizarse. El que no hace nada por cambiar y mejorar esta vida, no espera algo nuevo, diferente y bueno. Profesar una esperanza en la «nueva creación» y no hacer nada por cambiar la propia vida y mejorar la sociedad es, en realidad, aceptar este mundo tal como es. El que no cambia la tierra, no cree en el cielo.

Se habla de la «acedía» o pereza como un pecado contra la esperanza. Es una actitud de tristeza y pasividad que Kierkegaard denominaba «desesperación de la debilidad». Es la postura del que no hace nada porque ya no espera nada.

La actitud de quien espera «la venida del Señor» es muy diferente. Como advierte Jesús, no es el momento de «guardar los talentos», sino de hacerlos fructificar. Es la hora de trabajar activamente, luchar, humanizar la vida, orientarla hacia su verdadero futuro. *«Si nos fatigamos y luchamos, es porque tenemos puesta la esperanza en el Dios vivo»* (1Tim 4,10). La pasividad, la pereza, la vida inerte, el pecado de omisión proceden siempre de una falta de esperanza viva.

8. Algunas tareas de la esperanza en la sociedad actual

Los cristianos hemos sido acusados de haber puesto los ojos en la otra vida y haber olvidado de ésta. Sin duda, es cierto que una esperanza mal entendida puede conducir a abandonar la construcción de la tierra. Sin embargo, la esperanza en la «nueva creación» consiste precisamente en buscar y esperar la plenitud y realización total de esta tierra. Ser fiel al «futuro último» querido por Dios es ser fiel a este mundo hasta el final, sin desesperar de ningún anhelo y sin defraudar

ninguna aspiración verdaderamente humana. Desde esta perspectiva, indicamos algunas tareas de la esperanza hoy. Estas son: abrir horizontes, introducir sentido humano en el progreso, vivir la mutua acogida cómo fuente de esperanza.

La esperanza cristiana está llamada a **abrir horizontes** al hombre contemporáneo. La Vida es mucho más que esta vida; la realidad es más compleja y profunda de lo que nos quiere hacer creer el realismo; las fronteras de lo posible no están determinadas por los límites del presente. En medio de esta historia nuestra, a veces tan mediocre y absurda, se está gestando el verdadero futuro del ser humano.

Frente a una visión plana de la historia, sin meta ni sentido alguno, la esperanza cristiana toma en serio todas las posibilidades latentes en la realidad presente. Precisamente, porque quiere ser realista y lúcido, el cristiano se acerca a la realidad como algo inacabado y en marcha; no acepta las cosas tal como son, sino tal como deberán ser. Es el hombre escéptico de la posmodernidad el que cae en el irrealismo cuando se aferra a la realidad actual excluyendo sus posibilidades y su futuro.

El cristiano se siente urgido por su esperanza a trabajar incansablemente por crear ya ahora, en lo posible, eso que sabemos se encuentra encerrado ya en la historia humana como posibilidad prometida por Dios: una sociedad realizada en el amor, la justicia y el perdón. Tenemos que ejercitarnos más en descubrir lo positivo de la vida, de las personas y de los acontecimientos. Lo negativo es más cómodo y más fácil de resaltar; lo positivo exige más esfuerzo, más atención y más fe. Se trata de adquirir el hábito de «positivizar» más nuestra mirada y nuestra actitud ante la vida. Contagiar mirada positiva, pensamientos, sentimientos, actitudes positivas, es engendrar esperanza. O lo que es lo mismo: **Introducir sentido humano en el progreso.**

Las personas que saben acoger siembran esperanza a su alrededor. El desesperanzado se siente mejor, con más fuerza, con más paz, junto a esas personas que no están ahí de manera interesada o investigadora, sino que sencillamente escuchan y acogen. Dando forma y verdad a

la muy noble y evangélica aspiración de **vivir la mutua acogida cómo fuente de Esperanza**. Es una gran tarea hoy ofrecer acogida y refugio a tantas personas desconcertadas, indefensas o desvalidas. La esperanza es más fácil donde se promueve una cultura de la mutua acogida. Si sabemos estar junto a la persona que sufre y compartir sus preocupaciones, si esa persona sabe que, al menos, junto a nosotros puede estar segura y manifestarse como es, si sabe que la aceptamos, en ella puede despertarse lentamente la esperanza, puede crecer la confianza en la vida, puede abrirse un camino hacia el Dios de la esperanza.

La acogida facilita la esperanza, ayuda a abrir el horizonte, elimina obstáculos, abre salidas a situaciones desesperanzadas. Esta acogida no es cuestión de técnicas o destrezas aprendidas. Es una manera de ser, de vivir, de no pasar de largo ante quien nos necesita. Saber acercarnos a quien puede necesitar nuestra compañía, nuestra escucha o nuestra amistad, nuestra fe o nuestra esperanza. Los creyentes que saben acoger; pueden darle hoy un rostro histórico a ese Dios invisible y misterioso, que es acogida infinita e insondable, el Dios «cariñoso con todas sus criaturas».

La verdadera acogida implica una actitud de comprensión, esa capacidad de acercarse al otro no desde una postura condenadora, sino desde la empatía. Que esa persona desesperanzada pueda captar que, haga lo que haga, por muy graves que sean sus errores, por muy grandes que sean sus limitaciones o pecados, en mí encontrará siempre a alguien que la comprenderá. Esta actitud genera esperanza.

Concluyendo este primer apartado, podemos afirmar que la Esperanza no es una opción más de la vivencia cristiana, sino que constituye una imprescindible virtud teologal, junto a la Fe y la Caridad. Por eso es absolutamente indiscutible el papel que la Esperanza ha de jugar en la vida de nuestra Iglesia local de Ciudad Rodrigo

5. VIVIR EL PROCESO COMO ESTILO PASTORAL DE EVANGELIZACIÓN

De forma procesual, continuamos caminando por el sendero que, en este momento histórico, nos marca la Iglesia, con el Papa Francisco a la cabeza. Pues ciertamente vivimos el acontecimiento eclesial más importante desde la celebración del Concilio Vaticano II: la celebración de un sínodo sobre la Sinodalidad. Llegando ya a su última fase, con la celebración del Sínodo en Roma, hemos de agradecer y tener en cuenta todo el trabajo que, a modo de consultas y aportaciones, se ha realizado en diversos ámbitos eclesiales, tanto a nivel territorial como de ambientes o sectores humanos.

En nuestra iglesia local –la diócesis de Ciudad Rodrigo– hemos podido constatar la concreción de realidades sinodales, que, por pequeñas, no dejan de ser importantes.

Notamos cómo a nivel diocesano se ha hecho un gran esfuerzo con los Consejos diocesanos, que funcionan con normalidad. Y que, además de los Consejos diocesanos, hay consejos de Pastoral a nivel parroquial y arciprestal. También se puede verificar que existen los Consejos de Economía con una presencia mayoritaria en las parroquias.

En un orden más comunitario, se constata que los encuentros de arciprestazgo, en los que están entrando todo lo sinodal, son un signo de la comunión entre los miembros de las distintas parroquias. La buena amistad que existe entre personas de diferentes comunidades, propiciada en ocasiones por la participación en los encuentros, y por otro tipo de encuentros. Todo ello hace aflorar realidades en las que caminamos juntos los tres carismas (sacerdotes, religiosas y laicos) a nivel arciprestal.

Otra realidad sinodal que se hace presente en nuestra pequeña iglesia local, son las escuelas de catequistas arciprestales, grupos interparroquiales de catequesis infantil; también podemos comprobar que en nuestra diócesis vivimos la catequesis como un proceso continuo, pues

desde hace más de una década se ofrece una catequesis de adultos mensual, que llamamos **“catequesis de la comunidad”**. Así mismo es muy digno de reseñar, el esfuerzo que, desde hace décadas, se realiza para la preparación y celebración conjunta para algunos sacramentos.

Poco a poco va surgiendo en nuestra iglesia local un creciente grupo de animadores litúrgicos, que lejos de sustituir la celebración de la Eucaristía, cuidan las celebraciones dominicales como una oportunidad para celebrar y vivir juntos, y sin interrupciones en el tiempo, nuestra fe en Dios y en su hijo Jesucristo, alentados por el Espíritu.

La indispensable tarea de servir el amor de Dios a todos los hermanos vulnerables, aflora en los grupos de Cáritas y otros grupos de solidaridad que trabajan de modo discreto. Ese amor también aparece en muchas personas que están pendientes del dolor y del sufrimiento de los más necesitados; haciéndolo como vecinos a nivel personal, pero también muchos lo realizan como explicitación de su compromiso cristiano.

Valorando altamente, y con gran agradecimiento, lo anteriormente descrito, no podemos ignorar todas las deficiencias que a nivel de vivencia cristiana en general y en los márgenes de la Sinodalidad, en particular, se siguen detectando. Por lo que hay que seguir trabajando en esta dirección.

Se perciben a menudo conductas inhibitorias, donde la excusa prevalece por encima del compromiso. Se ha dado deficientemente el paso de vivir la fe de un modo individual a algo comunitario. Cuesta mucho caminar en planteamiento comunitario de Iglesia. Hay pereza y poca asistencia para participar en las actividades del arciprestazgo y mucho más en las convocatorias diocesanas. Nos faltan momentos de oración comunitaria. Se detectan incumplimiento de los directorios diocesanos para la celebración de sacramentos, que incomodan a los sacerdotes vecinos y desconciertan al Pueblo de Dios. Se cae en la tentación del

individualismo, con la práctica del parroquialismo. Nos cuesta dar pasos hacia una cultura del consenso, nos da miedo lo nuevo. Todavía se detecta entre arciprestazgo y parroquias, que hay dos velocidades, ejerciendo de remora los menos comprometidos.

Esto, en lugar de desanimarnos, nos ha de servir de estímulo para avanzar en el camino sinodal, que la iglesia nos marca y nos pide en estos momentos.

Por ello hemos de plantearnos en serio la revitalización o formación del Consejo Pastoral en los Arciprestazgos. Haciendo primar lo sinodal y participativo en toda nuestra vivencia de fe y nuestra acción pastoral. Sabiendo que siempre hemos de tener presente que todos nuestros sectores territoriales –arciprestazgos y parroquias– y todos los organismos diocesanos han de ser provistos de un carácter inconfundiblemente sinodal. Debemos revitalizar en las parroquias y arciprestazgos ámbitos de evangelización y de caridad, junto a los celebrativos, que siempre han permanecido. Eso ayudará a comprometernos en la participación, con asiduidad y normalidad en todas las convocatorias diocesanas, realidades que afloran del buscar el compromiso cristiano con actitud de misión.

Otra tarea a la que no podemos renunciar es implantar en nuestra diócesis los ministerios laicales con sensatez y dándonos tiempo. Superando siempre todo miedo al fracaso, pues este es un aspecto con el que siempre se ha de contar, pero nunca puede marcar la hoja de ruta de la evangelización. El Papa Francisco nos regala una y otra vez, admirables relatos de audacia y valentía, alentados en la confianza en el Padre bueno y Dios de la Misericordia.

6. PISTAS A SEGUIR COMO IGLESIA LOCAL

De la primera fase del Sínodo ha surgido la clara conciencia de la necesidad de tomar la Iglesia particular como punto de referencia privilegiado, como lugar teológico donde los bautizados experimentan

ese caminar juntos que se nos propone para toda la Iglesia. En este sentido, creo que debemos proponernos unos objetivos comunes, unos pasos a dar para todos, de modo que crezcamos juntos en el seguimiento de Jesucristo y nuestro afecto y pertenencia a la Iglesia.

1.- **El protagonista del Sínodo y de toda la vida de la Iglesia es el Espíritu Santo.** Conscientes de esta verdad, nos proponemos la asistencia el día 23 de septiembre al envío que el Obispo realizará al inicio de curso a todos los agentes de pastoral de la diócesis.

2.- Los **sacerdotes continuaremos la Formación Permanente** que iniciamos el curso pasado, como signo claro de nuestra caridad pastoral y amor al servicio a nuestro pueblo.

3.- La diócesis **publicará el documento “Celebraciones en espera de presbítero”** de modo que sirva de ayuda y de criterios comunes a todos los que realizan este hermoso servicio en las comunidades diocesanas a las que no puede llegar el sacerdote en la Eucaristía dominical. **Se pondrán en marcha escuelas arciprestales de Animadores litúrgico-pastorales para iniciar y reiniciar a todas las personas implicadas en este servicio.**

4.- La Iglesia, durante su peregrinación en la tierra, es por naturaleza misionera. **La diócesis promulgó hace tiempo un decreto abriendo en la diócesis la posibilidad del Diaconado Permanente**, para el que existe ya algún candidato. **Continuaremos con este camino ya iniciado y la preparación de otros seglares a los diversos ministerios laicales.**

5.- Concluir con **la puesta en marcha de los Consejos Económicos en todas las parroquias**, uniendo varias a cargo del mismo sacerdote si fueran excesivamente pequeñas para tener un Consejo en cada una de ellas.

6.- Una **Iglesia sinodal es una Iglesia de encuentro y de diálogo.** Los sacerdotes **facilitarán** y alentarán la asistencia de sus parroquianos a **los encuentros arciprestales y diocesanos.**

7.- Son necesarias una **cultura y una espiritualidad sinodales**, animadas por un deseo de conversión y sostenidas por una adecuada formación. Necesitamos una formación integral para todos los miembros del pueblo de Dios. Por tanto, **se mantendrán en lo posible las Catequisis de la Comunidad como modo privilegiado de formación cristiana en las parroquias.**

8.- Una Iglesia sinodal se alimenta incesantemente del misterio que celebra en la liturgia, en particular la Eucaristía, donde la Iglesia experimenta cada día la unidad radical en la misma oración. **Nos proponemos cuidar las celebraciones de la Eucaristía, incluidas las homilías, como el lugar privilegiado en el que se nutre la fe de nuestra comunidad parroquial.**

9.- Las personas que saben acoger siembran esperanza a su alrededor. Es una gran tarea hoy ofrecer acogida y refugio a tantas personas desconcertadas, indefensas o desvalidas. La esperanza es más fácil donde se promueve una cultura de la mutua acogida. **Proponer un grupo de acogida en la parroquia para recibir a las personas que llegan para orar o con alguna necesidad específica.**

10.- Una Iglesia sinodal promueve el paso del “yo” al “nosotros”, por lo que debe ser abierta, acogedora y que abraza a todos. **Poner en funcionamiento un pequeño grupo de visitantes de enfermos y ancianos con la posibilidad de llevar la comunión.**

11.- Realizar un esfuerzo para **renovar el lenguaje utilizado por la Iglesia, en la liturgia, en la predicación, en la catequesis**, así como en todas las formas de comunicación dirigidas a los fieles y al público en general.

12.- Contagiar una **mirada positiva, pensamientos, sentimientos, actitudes positivas, es engendrar esperanza.** En nuestros encuentros, adquirir el hábito de «positivizar» más nuestra mirada y nuestra actitud ante la vida.

7. CONCLUSIÓN

Vivir y contagiar esperanza

Hemos de reconocer que también nosotros, en nuestra vida corriente, demasiadas veces, contamos poco con la virtud de la esperanza. La esperanza supone un deseo explícito, eficaz, determinante. Podemos tener pequeñas esperanzas terrenas. Pero ante ellas se levanta la amenaza de la caducidad y de la muerte. Nos acomodamos a vivir a corto plazo, con pequeñas esperanzas medio mundanas, que no perderan en el tiempo.

El cristianismo no es un código moral, ni es tampoco un modelo social de derechas ni de izquierdas. El cristianismo es el descubrimiento de la verdad plena de la vida en la enseñanza y en la vida de Cristo, en su muerte y en su resurrección. El cristianismo es la vida real, la verdad definitiva de la vida de los hombres y de la historia humana. Una visión exultante de la vida humana, presidida por el reconocimiento del amor de Dios que nos sostiene en la dureza y las contrariedades de la vida.

Tendríamos que preguntarnos por qué los cristianos tenemos fama de tristes, de cobardes, de aburridos. Aparecemos más como «doctores de la ley» que como «testigos de la resurrección», más como «profetas de desgracias» que como «centinelas de la mañana sin ocaso». Donde domina el miedo, la tristeza, la amargura, es que no ha entrado la luz del Evangelio de Jesús.

Un sacerdote, una familia cristiana, una comunidad de discípulos, una parroquia tiene que ser un foco de esperanza y de alegría que venza el peso del dolor, de las dificultades y de la tristeza de la vida. Nuestro mundo necesita ver en la Iglesia y en los cristianos la realidad sorprendente de una vida alegre, feliz, generosa. Los cristianos tenemos que ser en el mundo la sorpresa de una vida con esperanza, una vida alegre a la hora de afrontar las dificultades cotidianas.

Vivir así es una responsabilidad

A nuestro alrededor, la vida de mucha gente es una vida dura, triste. La gente vive sometida a las necesidades de la vida, las exigencias del trabajo, y a veces sufriendo injusticias, soledad y desamor. Hay muchas personas que han perdido el gusto por la vida y las ganas de vivir. Siguen adelante como esclavos de la situación, pero viven tristemente, sin alegría. Sin esperanza, la vida real de cada día pierde aliciente y no tenemos razones para esperar otra vida mejor. Sin Dios no hay esperanza. En nuestro mundo es una realidad la vida «sin Dios y sin esperanza» de la que habla san Pablo (*Ef* 2, 12). Hace años que en nuestra sociedad domina el intento de vivir sin religión y sin Dios. Comenzamos a ver y a padecer las consecuencias de este proyecto. Aumentan las tensiones, los conflictos, fracasan las familias, aumenta la soledad de las personas y se apaga la alegría.

Por la misericordia de Dios nosotros tenemos a Dios y por eso tenemos esperanza. No podemos dejarnos dominar por esta cultura mundana, sin esperanza de vida eterna. Tenemos que presentarnos como portadores de «una firme esperanza» (*Heb* 10,23). Nos tienen que ver como un pueblo alegre, generoso, confiado. Somos responsables de la esperanza y de la alegría de nuestros hermanos los hombres. En este mundo sin esperanza es donde tenemos que dar testimonio y explicaciones de nuestra esperanza.

Los cristianos hemos recibido de Dios el don inmenso de «una esperanza segura». Una esperanza segura porque contamos con la fidelidad y el amor irrevocables de Dios. Sabemos que Dios nos ama, Él nos ha creado y quiere que vivamos junto a Él eternamente. Por eso podemos vivir alegres en las dificultades, y sin temor a la muerte: «*No os aflijáis como los hombres sin esperanza*» (*1 Tes* 4,13). El cristianismo no es únicamente una doctrina, es el don de una vida nueva, diferente. La esperanza cambia la vida, abre la puerta del futuro, permite situarse en el mundo de otra manera, es una esperanza segura de vida más allá de la muerte.

Tenemos que sentir en nuestro corazón la angustia y el vacío de quienes viven junto a nosotros sin poder confiar en Dios, sin la alegría de la esperanza. Con frecuencia pecamos de frivolidad al equiparar la vida cristiana con las posibilidades de la vida sin fe y sin esperanza. No valoramos la angustia de quienes viven sin Dios. Por eso no sentimos tampoco la urgencia de la evangelización, no nos preocupamos de llevarles la buena noticia de que hay un Dios vivo que los ama y respalda su vida para siempre.

Vivir la experiencia de sentirnos queridos por el Dios infinito

Nadie puede vivir sin sentirse querido por alguien. Tenemos necesidad de ser importantes para alguien. Amamos nuestra vida, nos amamos a nosotros mismos, tenemos ganas de vivir, cuando percibimos que somos importantes por lo menos para algunas personas que nos valoran. Necesitamos que alguien reconozca nuestra valía. A veces olvidamos que nuestro principal valor nos viene de ser hermanos de Jesús. En las situaciones más penosas y deprimidas, todos tenemos un valor grande. Somos hermanos de Jesús. Dios nos ha aceptado como hijos suyos queridos.

Jesús se ha hecho hermano nuestro, es de nuestra familia, y así nos ha hecho miembros de la familia de Dios. Somos hijos de Dios. Dios nos ama como hermanos de Jesús. El conocimiento de este Dios que nos ama cambia la vida. El amor de Dios nos hace importantes y nos proporciona la seguridad de poder vivir eternamente. En la pobreza y en la ignorancia, en la enfermedad, en la vejez, Dios nos ama, porque Jesucristo está unido a nosotros irrevocablemente.

Tan importantes somos para Dios que quiere tenernos a su lado por toda la eternidad. Si nos unimos a Él por la fe y por la obediencia del Evangelio, el Dios de la vida, que resucitó a Jesús, nos resucitará también a nosotros. Los que vivíamos encerrados en el reino de la muerte, por el amor de Dios, hemos sido llamados, por medio de la fe y de las buenas obras a la vida eterna de la resurrección. Con su amor y su poder,

Dios nos ha rescatado ya del reino de la muerte y nos ha admitido a vivir junto a Él, como hijos, para siempre, en la vida eterna de la resurrección. Somos criaturas nuevas, una nueva creación (*Ef2,1-10*).

En el Nuevo Testamento tenemos un pequeño escrito que conocemos poco y es un verdadero tesoro. Podríamos decir que es el testimonio de Pedro sobre el seguimiento de Cristo y la vida cristiana. Me refiero a la Primera Carta de Pedro. El apóstol, por medio de su colaborador Silvano, escribe a los cristianos de Asia para animarlos a mantenerse en la fe a pesar de las persecuciones y de los sufrimientos. El argumento central de su carta es la esperanza de la gloria. Si ahora tienen que participar en los padecimientos de Cristo por ser cristianos, muy pronto tendrán el gozo de participar también en la vida gloriosa de Dios y de Cristo resucitado. *«Por la fe en la resurrección de Cristo hemos nacido a una vida nueva y hemos sido elegidos para una esperanza viva que es la salvación, tal como se revelará al final de los tiempos. Por esta esperanza, a pesar de los sufrimientos podemos vivir alegres practicando la vida divina del amor y la misericordia»* (cf. *1 Pe 1,2-9*).

Esta misma esperanza tiene que ser el motivo del celo apostólico y de la caridad pastoral de los presbíteros, tan necesaria en estos momentos. Pedro les pide que se entreguen generosamente al servicio de sus hermanos, aceptando los sufrimientos del ministerio como una participación en el sacrificio de Cristo, movidos y sostenidos por la esperanza de recibir «la corona inmarcesible de la gloria» (5,4).

La esperanza de entrar en la vida gloriosa de Dios, inaugurada para todos en la resurrección de Cristo, es la fuerza secreta de la Iglesia y tiene que ser el impulso interior de nuestra vida. Esta es una razón siempre válida que está por encima de todos los sufrimientos y de todos los engaños posibles. Vivir intensamente la esperanza nos ha de mover a ejercitar incansablemente el ministerio a los sacerdotes, y a proponer a todos «la obediencia de la fe» como vida verdadera y garantía de salvación.

La esperanza cambia el tono de nuestra vida

Con el cristianismo cambia radicalmente la manera de ver el mundo. Con la revelación del Dios personal, Padre, Hijo y Espíritu, nuestra vida no está ya sometida en último término a las leyes del mundo y de la materia, sino al amor de un Dios personal y misericordioso que nos ama, que cuida personalmente de nosotros (*SS*, n.6), al que podemos recurrir confiadamente porque es nuestro Padre y nos ama como a hijos suyos (*Rom* 8,31-39; *Gál* 4, 6).

Gracias a esta esperanza, firme y segura, podemos vivir con alegría, podemos vivir con libertad sin someternos a los poderes de la tierra. Aunque estamos todavía en este mundo, tenemos ya el corazón en la vida eterna y gloriosa, junto a Dios, con Cristo resucitado, con la Virgen María, con la muchedumbre innumerable de los santos de todos los tiempos. Esto es lo que pedimos y vivimos en la santa misa: «Ten misericordia de nosotros, para que con la Virgen María, con su esposo san José, los Apóstoles y todos los que han vivido en tu amistad a través de los tiempos, merezcamos, por tu Hijo Jesucristo, alcanzar la vida eterna y cantar tus alabanzas». Esta tiene que ser la oración central de nuestra vida, nuestro principal deseo, nuestra más firme esperanza.

La esperanza se aprende en la oración. Ella es la escuela donde se estudia la esperanza. El hombre desesperado no reza, no es capaz, nada le sostiene. Todas nuestras angustias se concentran en la pérdida del amor, en la amenazante soledad sin Dios, la oración supone la apertura al amor sin medida que sacia completamente nuestra sed de eternidad, en que se haga la voluntad de Dios alcanzamos todas nuestras esperanzas, se colman todos nuestros deseos. Cuando ya nadie me escucha, Dios todavía me escucha. Esta es la síntesis primordial de la oración como lugar de esperanza, es el espacio en el que nunca estoy solo y puedo avivar y ejercer mi deseo más profundo, el de ser amado.

Con mi afecto y bendición. Vuestro obispo.
+ José Luis Retana Gozalo

OBJETIVO DIOCESANO

Nuestro obispo nos dice en su carta pastoral, que de forma procesual, continuamos caminando por el sendero que, en este momento histórico, nos marca la Iglesia, con el Papa Francisco a la cabeza. Pues ciertamente vivimos el acontecimiento eclesial más importante desde la celebración del Concilio Vaticano II: la celebración de un sínodo sobre la Sinodalidad. Llegando ya a su última fase, con la celebración del Sínodo en Roma, hemos de agradecer y tener en cuenta todo el trabajo que, a modo de consultas y aportaciones, se ha realizado en diversos ámbitos eclesiales, tanto a nivel territorial como de ambientes o sectores humanos.

En nuestra iglesia local –la diócesis de Ciudad Rodrigo– hemos podido constatar la concreción de realidades sinodales, que, por pequeñas, no dejan de ser importantes”.

Por ello nos sentimos urgidos a seguir caminando y hacerlo con dos características concisas y concretas: **“JUNTOS EN LA ESPERANZA”**, con la voluntad ver como único sendero para el seguimiento de Nuestro Señor Jesucristo, en unidad con los hermanos de fe y caridad y sostenidos por la esperanza cristiana.

CALENDARIO PASTORAL DEL CURSO 2023-2024

Septiembre

- A lo largo del mes, difusión de la Pastoral Juvenil y Coro Joven Diocesano en parroquias e institutos.
- Reunión del equipo de Pastoral Vocacional.

1 sept. al 4 oct.: Tiempo de la Creación (Cáritas).

- 13:** Inauguración del curso académico en el Seminario Diocesano.
- 13:** Evaluación y programación del curso 2022-23 (Cáritas).
- 18:** Jornadas de museólogos en Santa Cruz de Tenerife (Delegación de Patrimonio).
- 20:** Encuentro regional de Delegados de Misiones (Valladolid).
- 21:** Día Internacional de la Paz.
- 23:** Inauguración del Curso Pastoral.
- 24:** Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado.
- 29:** Tardeo joven (Pastoral Juvenil).

Octubre

- Encuentros arciprestales de comienzo de Curso.
- Encuentro formativo y acompañamiento de catequistas de cada arciprestazgo (Delegación de Catequistas).
- Encuentro de inicio de Curso de profesores de Religión de la Diócesis de Ciudad Rodrigo (Delegación de Enseñanza).
- VII Curso regional de sacerdotes jóvenes.
- Jornada de formación permanente del Clero (Obispado).
- 1:** Santa Teresita del Niño Jesús, patrona de las Misiones.
- 1:** Día Internacional de las Personas Mayores.

- 3:** Inicio de Curso y presentación de los encuentros formativos (Pastoral de la Salud).
- 4:** Jornada ecuménica de oración por la creación (Cáritas).
Témporas de Acción de gracias y de petición.
- 6-8:** Seminario menor en familia.
- 8:** Ruta Familiar: Aldeanueva de la Sierra - Monasterio del Zarzoso (Delegación de Familia).
- 10:** Encuentro regional de delegados de Pastoral de la Salud en Valladolid.
- 11:** Inicio de Curso en la Pastoral de la Salud.
- 14-16:** Encuentro de rectores y formadores de Seminarios Mayores en Madrid.
- 17:** Día Internacional de la Erradicación de la Pobreza (Cáritas).
- 18:** Oración y formación permanente – Equipo de Cáritas.
- 20:** Vigilia de la Luz (19:30 horas).
- 20-21:** Peregrinación diocesana a Fátima (Delegación de Peregrinaciones).
- 20-22:** Seminario menor en familia (Pastoral Vocacional).
- 21:** Huchas del DOMUND por las calles (12:00 horas).
- 21:** Escape Room matrimonial (Pastoral Familiar).
- 21-22:** Jornadas de formación de Delegados de Apostolado seglar en la CEE (Madrid).
- 23:** Jornada Mundial de las Misiones (DOMUND).
Eucaristía en las parroquias y colecta.
- 24-27:** Jornadas Nacionales de Liturgia para sacerdotes, religiosos-as y laicos en Madrid.
- 26:** Oración con la Vida Contemplativa (MM. Carmelitas) (Delegación de Misiones)
- 27:** Tardeo joven (Pastoral Juvenil).

- 28:** Holywins en el Seminario Diocesano (Pastoral Vocacional, Juvenil y Misiones).
- 31:** Primera oración mensual por los enfermos en el convento de las MM Carmelitas (Pastoral de la Salud).

Noviembre

- Encuentro formativo y acompañamiento de catequistas de cada arciprestazgo (Delegación de Catequistas).
- 1:** Solemnidad de todos los Santos.
- 2:** Conmemoración de los Fieles Difuntos.
Oración y formación permanente – Equipo de Cáritas.
- 3-5:** Seminario menor en familia (Pastoral Vocacional).
- 4:** Jornada de formación de delegados de Familia (Madrid).
- 7:** Formación permanente de Pastoral de la Salud.
- 8:** Oración y formación permanente – Equipo de Cáritas.
- 9:** Eucaristía de las 24 horas que mueven el mundo (Manos Unidas). Parroquia de Nuestra Señora de Fátima (19:00 horas).
- 10:** Tardeo joven (Pastoral juvenil).
- 12:** Día de la Iglesia Diocesana.
- 19:** Jornada Mundial de los Pobres.
- 20:** Celebración de la Dedicación de la S.I. Catedral.
- 20:** Día Universal de los Derechos de la Infancia.
- 24-26:** Seminario menor en familia.
- 25:** Día Internacional de la Eliminación de la Violencia de Género.
- 25:** Solemnidad de San Cayetano en el Seminario Diocesano.
- 26:** Solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo Rey del Universo.
- 28:** Comienzo del Rastrillo solidario de Manos Unidas.

- 30:** Oración con la Vida Contemplativa. MM. Agustinas de San Felices (Delegación de Misiones).

Diciembre

- Presentación de la campaña de Navidad a los mm.cc. de Cáritas.
- Campaña de Navidad de Cáritas en las parroquias.
- Encuentro formativo y acompañamiento de catequistas de cada arciprestazgo (Delegación de Catequistas).
- 3:** Comienza el tiempo de Adviento.
San Francisco Javier, patrono de las Misiones.
- 5:** Día Internacional del Voluntariado.
Formación permanente de Pastoral de la Salud.
- 7:** Vigilia joven de la Inmaculada. (Pastoral Juvenil y Pastoral Vocacional).
- 7:** Día de las familias. Celebración en el Seminario Diocesano (Delegación de Familia; colaboración de la Pastoral Juvenil y Vocacional).
- 8:** Clausura del Rastrillo solidario de Manos Unidas.
- 10:** Día de los Derechos Humanos.
- 13:** Oración y formación permanente – Equipo de Cáritas.
- 16:** Sembradores de Estrellas (Desde el Parque de La Glorieta, 12:00 horas) (Delegación de Misiones; colaboración de la Pastoral Juvenil y Vocacional).
- 22:** Fiesta de Navidad con los seminaristas y sus familias en el Seminario Diocesano.
- 25:** Natividad del Señor. Comienza el tiempo de Navidad.
- 26:** Encuentro de Navidad del presbiterio diocesano.
- 30:** Fiesta de La Sagrada Familia. (Jornada de la Familia).

Enero

- Comienzo de los preparativos del encuentro post JMJ (Pastoral Juvenil).
- Encuentro formativo y acompañamiento de catequistas de cada arciprestazgo (Delegación de Catequistas).
- Acto conmemorativo con motivo del inicio de la publicación de *La Hoja Diocesana*. (Delegación de Medios de Comunicación).
- 1:** Solemnidad de Santa María Madre de Dios. Jornada Mundial por la Paz.
- 6:** Epifanía del Señor.
- 7:** Fiesta del Bautismo del Señor.
- 8:** Comienza el Tiempo Ordinario.
- 9:** Formación permanente de Pastoral de la Salud.
- 10:** Oración y formación permanente (Equipo de Cáritas).
- 13:** Tardeo joven (Pastoral Juvenil).
- 13:** Noche de peli para matrimonios (Pastoral Familiar).
- 14:** XII Marcha misionera a Ivanrey (Jornada de Infancia Misionera).
- 18-25:** Octavario de oración por la Unidad de los Cristianos.
- 19-21:** Encuentro de rectores y formadores de Seminarios Menores en Madrid.
- 20:** San Sebastián, patrono de Ciudad Rodrigo.
- 21:** Domingo de la Palabra de Dios.
- 24:** Festividad de Francisco de Sales, encuentro con los medios de comunicación de Ciudad Rodrigo (Delegación de Medios de Comunicación).
- 25:** Oración con la Vida Contemplativa. MM. Franciscanas (El Zarzoso) (Delegación de Misiones).
- 26-28:** Seminario menor en familia.

- 27:** Encuentro diocesano de Catequistas.
30: Día Mundial de la No Violencia y la Paz.

Febrero

- Peregrinación a Tierra Santa (Delegación de peregrinaciones, en colaboración con el grupo El Manantial).
- Jornada de formación permanente del Clero (Obispado).
- Encuentro formativo y acompañamiento de catequistas de cada arciprestazgo (Delegación de Catequistas).
- 2:** Fiesta de la Presentación del Señor.
Jornada Mundial de la Vida Consagrada.
- 2:** Tardeo joven (Pastoral Juvenil).
- 4:** Día Internacional de la Fraternidad Humana.
- 5-7:** Encuentro de directores espirituales de seminarios en Madrid.
- 7:** Oración y formación permanente – Equipo de Cáritas.
- 7-9:** Triduo de preparación a la Jornada Mundial del Enfermo (Pastoral de la Salud).
- 10:** Eucaristía por la Jornada Mundial del Enfermo en una Residencia de Ciudad Rodrigo (Pastoral de la Salud).
- 11:** Jornada Mundial del Enfermo.
- 12-18:** Semana del matrimonio.
- 14:** Miércoles de Ceniza. Comienza el tiempo de Cuaresma.
- 16-18:** Encuentro nacional de laicos sobre el primer anuncio.
- 19-20:** Encuentro regional de Obispos, Vicarios y Arciprestes de Iglesia en Castilla.
- 21:** Eucaristía de Comienzo de Campaña de Manos Unidas (Parroquia de El Sagrario a las 19:15 horas).

- 21:** Colecta de Manos Unidas en las parroquias de Ciudad Rodrigo.
- 23-25:** Ejercicios espirituales de los seminaristas.
- 24:** Congreso nacional de profesores de Religión Católica (Madrid).
- 28-29:** Encuentro nacional de voluntarios de misiones (Madrid).
- 29:** Oración con la Vida Contemplativa. MM. Carmelitas (Delegación de Misiones)

Marzo

- Formación prematrimonial online (Pastoral Familiar).
- Encuentro formativo y acompañamiento de catequistas de cada arciprestazgo (Delegación de Catequistas).
- Encuentros arciprestales mitad de curso.
- 1:** Operación Bocata en la Plaza del Buen Alcalde (Manos Unidas).
- 3:** Día de Hispanoamérica.
- 5:** Formación permanente de Pastoral de la Salud.
- 5:** Oración y formación permanente – Equipo de Cáritas.
- 8:** Día Internacional de la Mujer.
- 8:** Tardeo joven (Pastoral Juvenil).
- 12-14:** Encuentro nacional de Vicarios Generales y de Pastoral (Valladolid).
- 15:** Viacrucis de los niños (Misioneras Providencia-El Salvador, 17:30 horas) (Delegación de Misiones).
- 15-17:** Seminario menor en familia.
- 16:** Celebración del Día del Seminario en Aldea del Obispo.
- 17:** Celebración del Día del Seminario en las parroquias de la Diócesis. Colecta del Día del Seminario.

- 19:** San José, patrón de todos los Seminarios (celebración en el Seminario Diocesano).
- 22-23:** Encuentro post JMJ en Talavera de la Reina (Pastoral Juvenil).
- 23-26:** Representaciones de La Pasión por el grupo El Manantial.
- 24:** Domingo de Ramos.
- 26:** Misa crismal.
- 28:** Jueves Santo. Comienza el Triduo Pascual.
- 29:** Día Internacional del Empleo Doméstico.
- 31:** Domingo de Pascua. Comienza el tiempo de Pascua.

Abril

- Encuentro formativo y acompañamiento de catequistas de cada arciprestazgo (Delegación de Catequistas).
 - Encuentro con niños de Primera Comunión y sus familias (Delegación de Familia).
- 1-10:** Programa de apertura de iglesias. (Delegación de Patrimonio).
- 3:** Oración y formación permanente – Equipo de Cáritas.
- 5:** Jornada de Puertas Abiertas en el Seminario Diocesano.
- 5-7:** Seminario menor en familia.
- 8:** Jornada por la vida (Pastoral Familiar).
- 9:** Formación permanente de Pastoral de la Salud.
- 12:** Tardeo joven (Pastoral juvenil).
- 12-13:** Encuentro Misionero de Jóvenes (Madrid).
- 13:** Encuentro Regional de Catequistas.
- 18:** Vigilia de Oración por las vocaciones nativas, en el Seminario (Delegación de Misiones y Vocacional).
12 Horas de oración por las vocaciones (Delegación de Pastoral Juvenil)

- 21:** Domingo del Buen Pastor. Jornada Mundial de Oración por las vocaciones y de las vocaciones nativas (Delegación de Pastoral Vocacional y de Misiones).
- 27:** Encuentro de novios (Pastoral Familiar).

Mayo

- Presentación de la semana de Cáritas y la memoria 2023 a mm.cc.
 - Oración y actividades de la Semana de Caridad.
 - Encuentro con los confirmandos de la diócesis (Delegación de Pastoral Juvenil).
 - Encuentro con periodistas en torno a la jornada de las comunicaciones sociales (Delegación de Medios de Comunicación).
 - Encuentro formativo y acompañamiento de catequistas de cada arciprestazgo (Delegación de Catequistas).
 - Jornadas nacionales de delegados diocesanos para el clero.
- 3-5:** Seminario menor en familia.
- 4:** Ofrenda floral de los niños a la Virgen (S.I. Catedral, 12:15 horas) (Delegación de Misiones; colaboración de la Pastoral Juvenil).
- 4:** Eucaristía y Unción de los enfermos en una Residencia de Ciudad Rodrigo (Pastoral de la Salud).
- 5:** Celebración de la Pascua del Enfermo en las parroquias de la Diócesis.
- 8:** Oración y formación permanente – Equipo de Cáritas.
- 10:** Fiesta de San Juan de Ávila, patrono del clero secular español.
- 12:** Solemnidad de la Ascensión. Jornada de las Comunicaciones Sociales.

- 17:** Tardeo joven (Pastoral Juvenil).
- 17:** Ruta romántica (Pastoral Familiar).
- 18:** Día Internacional de los Museos (Delegación de Patrimonio).
- 18:** Encuentro diocesano de Pentecostés.
- 19:** Domingo de Pentecostés (Jornada de la Acción Católica y del Apostolado Seglar).
- 20:** Prosigue el Tiempo Ordinario.
- 20-22:** Jornadas nacionales de Delegados de Misiones (Madrid).
- 23:** Fiesta de Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote (Bodas de Oro y Plata sacerdotales)
Jornada de formación permanente del clero.
- 24-26:** Seminario menor en familia.
- 25:** Encuentro de niños de catequesis de comunión y poscomunión en el Seminario Diocesano.
- 26:** Solemnidad de la Santísima Trinidad - Jornada Pro Orantibus.
- 27 mayo al 2 junio:** Semana de la Caridad.

Junio

- Encuentro formativo y acompañamiento de catequistas de cada arciprestazgo (Delegación de Catequistas).
- Encuentros arciprestales de fin de curso.
- Encuentro de fin de curso de profesores de Religión de la Diócesis de Ciudad Rodrigo (Delegación de Enseñanza).
- Encuentro regional de fin de curso (Delegación de Misiones).
- 2:** Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo (Día de la Caridad).
- 4:** Formación permanente de Pastoral de la Salud.

- 5:** Día Mundial del Medio Ambiente.
- 6:** Oración con la Vida Contemplativa. Fin de curso.
MM. Franciscanas (El Zarzoso) (Delegación de Misiones).
- 7:** Tardeo joven (Pastoral juvenil).
- 23:** Convivencia de jóvenes en las piscinas de Alba de Yeltes.
- 24:** Aniversario de la ordenación episcopal de Mons. José Luis Retana Gozalo.
- 24-28:** Campamento vocacional Samuel.
- 28-29:** Aula regional de verano para catequistas.

Julio

- Ejercicios Espirituales para Catequistas.
- Programa de apertura de iglesias
(Delegación de Patrimonio)
- Jornadas de Formación para Delegados de Familia con la CEE.
- Posible experiencia de campo de trabajo o voluntariado.
(Pastoral Juvenil).
- 1-4:** 77ª Semana de Misionología (Burgos).
- 9:** Clausura del Curso en Pastoral de la Salud.
- 15-19:** Encuentro de verano de los seminaristas.
- 26:** Día de los Abuelos y los Mayores (Pastoral familiar
en colaboración con Apostolado Seglar).
Día del Misionero Diocesano.

Agosto

- 6:** Rastrillo del Martes Chico de Manos Unidas.
- 13:** Rastrillo del Martes Mayor de Manos Unidas.
Puesto en el mercadillo del Martes Mayor de Delegación
de Misiones.

- 15:** La Asunción de Nuestra Señora. Titular de la S.I. Catedral.
Jornada de ayuda a la Iglesia diocesana.
- 26-30:** Ejercicios espirituales para sacerdotes.



**Diócesis de
Ciudad Rodrigo**